

DE LA IDOLATRIA A LA INVOCACION

EL ESPIRITU SANTO EN LA VIDA MONASTICA

En esta conferencia querría analizar lo que puede ser la acción del Espíritu en una comunidad cristiana y, puesto que se trata de nosotros, en una comunidad monástica. No hablaré, pues, de la vida monástica como vida en el Espíritu, en el sentido personal y casi místico del término, sino que me propongo investigar qué actitudes y gestos concretos deberían ser los de nuestra institución monástica, los de nuestras comunidades, si quieren ser verdaderamente dóciles al Espíritu. Y como existe, sin duda, un vínculo muy fuerte entre la verdad de la institución y la perfección de cada uno de sus miembros (y recíprocamente), hablar del Espíritu a nivel de la institución monástica es también interesarse en la vida del Espíritu en el monje (y recíprocamente).

En un primer tiempo, recordaré brevemente algunas convicciones simples de la Iglesia sobre el don del Espíritu y sobre su acción en los cristianos, lo que nos llevará en segundo lugar, a detenernos un poco sobre la denuncia, por parte de los profetas y de Cristo, del pecado y sus consecuencias, que instauran en el mundo una economía concreta de las personas y de las instituciones, directamente opuesta al Espíritu. Por fin, fundamentado en estas dos consideraciones, intentaré decir, en una tercera parte, cuál podría ser la administración de los dones del Espíritu en una comunidad cristiana del Nuevo Testamento, de suerte que esta sea verdaderamente espiritual y escape a la contestación de los Profetas o del mismo Cristo.

I. El Espíritu, don por excelencia del Nuevo Testamento

El Espíritu Santo es, por excelencia, el don del Nuevo Testamento, hasta el punto de que si hubiera otros, dependerían de él. Más aún, podríamos decir que él es el Nuevo Testamento, la Ley inscrita

en el corazón, que reemplaza a la Ley escrita exteriormente y formulada sólo en palabras. Según Jesús, el Espíritu es, pura y simplemente, el objeto de la Promesa. Lo cual equivale a decir que, tanto en materia de fe como de vida cristiana, el Espíritu es la referencia última: el Nuevo Testamento lo relaciona con los grandes dones del conocimiento y del amor, así como con las instituciones que estructuran la comunidad. El Espíritu es el instinto interior que nos lleva hacia la verdad completa, con tal que no le resistamos; y, si no le resistimos, podemos confiar en que él nos guiará. El apoyo en Dios solo, que reclamaba Isaías y que, según la Escritura, constituye un aspecto primordial de la Alianza, en el Nuevo Testamento, es, y no puede ser sino nuestra docilidad al Espíritu; el resto (mandamientos, instrucciones, ejemplos...) tiene valor de pedagogía para incitarnos a una vida verdaderamente espiritual, o bien ofrece criterios que permiten verificar en cierta medida la calidad espiritual de esa misma vida; pero nada puede sostenernos y llevarnos tan lejos como el abandono al Espíritu. Nunca se repetirá demasiado que este constituye el fondo de la actitud cristiana, tanto comunitaria como personal, y aquí la palabra clave es “discernimiento”. Las instituciones, sea cual fuere su naturaleza, están ligadas —como lo dice la Constitución *Lumen Gentium*— a los dones del Espíritu, “jerárquicos y carismáticos”, y por lo tanto encuentran a cada instante su verdad sólo cuando se las emplea bajo la influencia del Espíritu del cual proceden.

Las formas del don del Espíritu

El movimiento del Espíritu que constituye y anima a la Iglesia, como también a cada una de las comunidades, es ante todo, un movimiento de *conversión*. Hay que precisar que no se trata solamente de la renuncia al pecado sino también de lo que podríamos llamar prontitud para el cambio, la disponibilidad para la desestabilización respecto a nuestras certezas, aunque sean buenas, la preocupación interior por mantenerlas, por bien fundadas que estén, siempre sometidas a cualquier profundización en el orden de la verdad o del obrar que sugiriera el Espíritu. Esta actitud de ningún modo puede existir sin un renunciamiento constante, y eventualmente sin grandes momentos de oscuridad, puesto que, más allá de lo que era bueno y a lo cual siempre habíamos adherido, es necesario mantenerse disponible a lo que el Espíritu quisiera sugerir. En otros términos, la conversión supone, de una manera o de otra, la “muerte”, el “sacrificio”.

El movimiento del Espíritu nos conduce luego, o al mismo tiempo, a *la inteligencia interior de Jesús*, especialmente en la paradoja de su misterio pascual: el Espíritu de Jesús, muerto y resucitado, es la sabiduría espiritual opuesta a la sabiduría del mundo, de la que habla san Pablo al comienzo de la Primera Carta a los Corintios, que implica no solo confesar a Jesús como Señor, sino un proceso de identificación con ese mismo misterio, precisamente según la moción constante del Espíritu Santo. Ahora bien, sólo mediante la confesión "comprometida" del misterio pascual de Jesús, entramos en la inteligencia del misterio de Dios. La cruz y la resurrección son los lugares, constantemente experimentados una y otra vez en la Iglesia, donde nos es dado comprender que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dicho de otro modo, podremos *comprender con todos los santos la anchura, la longitud, la profundidad; la altura* del Misterio, solamente si entramos de manera concreta por el Espíritu en un "cambio" pascual que es también sacrificio espiritual.

El Espíritu Santo es también aquel que, en primero y último análisis, *constituye y estructura la comunidad*, por una serie orgánica de dones cuyo concurso y convergencia permiten en las Iglesias la permanencia del espíritu de conversión y de compromiso pascual. Los dones "jerárquicos" son reconocidos y confirmados, en quienes son objeto de ellos, por una plegaria a la vez eucarística y epiclética; los dones "carismáticos" se desarrollan en un orden comunitario cuyos apóstoles son los responsables humanos, que aseguran una circulación del Espíritu, libre y constructiva, en la unidad.

Por fin, el Espíritu Santo es la fuente del don por excelencia, la *caridad*, con su característica muy particular de solicitud por los pobres, los débiles en la fe, los que carecen de nombre o posición en el mundo, solicitud en el doble nivel del anuncio del evangelio y de la vida concreta.

La caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu que nos es dado, se opone victoriosamente al espíritu de contradicción y de rivalidad, de acumulación y de violencia, que en el hombre y en los grupos humanos, es resultado del pecado en cuanto ruptura de la alianza y rechazo del Espíritu. Del mismo modo, las instituciones espirituales, si su responsabilidad es vivida bajo la moción del Espíritu, con discernimiento, construyen una unidad que sobrepasa todo lo que se puede concebir. En cuanto al conocimiento de Jesús en su misterio pascual, vuelve a abrir sin cesar el camino de las conversiones y de los cambios de posición que permiten una renovación constante

de la Alianza y de una inteligencia de Dios ligada a una práctica crucificada.

Todo esto que acabo de recordar brevemente es muy conocido. Pero si queremos hacer su aplicación práctica a nuestra vida monástica, nos es necesario ahora considerar, a modo de confirmación y también por espíritu de humildad, qué nos dice la Escritura acerca de la actitud opuesta a la vida según el Espíritu, o sea, el pecado. Consideraremos sucesivamente la enseñanza del Antiguo y del Nuevo Testamento, y diremos también algo acerca de algunas corrientes del pensamiento moderno, que extrañamente coinciden con las percepciones de la Biblia.

II. La dinámica del pecado, opuesta a la moción del Espíritu, en el Antiguo Testamento

Cuando tratamos de recoger la enseñanza de los profetas sobre el pecado, vemos que se puede trazar una línea bastante neta: ante todo, aparece la *ruptura de la Alianza*, es decir el negarse a escuchar la Palabra de Dios y a ordenar según ella la propia conducta, o bien, desde el punto de vista del hombre (del pueblo), el querer construir la vida a partir de sí y con sus propios recursos. Esto es, sin duda, lo esencial de lo que será visto más tarde como rechazo del Espíritu y, tal vez, como pecado contra el Espíritu. Esta ruptura de la Alianza trae consigo la *idolatría*: en su esfuerzo de auto-construcción, en efecto, el hombre (el pueblo) se encuentra con fuerzas imprevistas que se le oponen, hostiles o simplemente mayores que las suyas, provenientes ya de la naturaleza, ya de los hombres. Entonces las personaliza, y por un culto del cual él mismo define los ritos que le parecen más apropiados, intenta tornarlas favorables o conjurar su maleficio. De esta manera se constituye una tradición idolátrica que a su vez esclaviza al hombre. Esta ruptura de la Alianza, si bien tiene un efecto inmediato en el ámbito de la perversión de lo divino, también implica una perversión de la relación inter-humana: quienes buscan su propia construcción fuera de la relación de obediencia a Dios, descubren que son rivales unos de otros: todos quieren ser "como dioses", ¿quién lo será en realidad? Nos encontramos entonces con "alianzas extranjeras", que no son verdaderas relaciones, sino *modi vivendi* que permiten provisoriamente una no-agresión o una colaboración limitada, o bien, y más a menudo, con la *opresión* de los vencedores sobre los vencidos, los ricos sobre los pobres, los poderosos

sobre los débiles: en todos los casos lo que se pretende es defender, mediante un proceso de acumulación para sí y de exclusión de los otros, la posición adquirida o a la cual se tiende.

Hay que notar ahora que esos tres puntos, ruptura de la Alianza con el verdadero Dios, y perversión de la doble relación con lo divino y con el prójimo, dan lugar a un *discurso*, a una "sabiduría", en resumen, a un esfuerzo del pensamiento por expresar y justificar la situación en la que uno se encuentra y los pasos que uno intenta dar, pues le es insoportable al hombre no racionalizar su conducta. Ahora bien, tal sabiduría no puede ser verídica, sino en la medida en que toma en cuenta la Alianza y por lo tanto se establece fuera de una dimensión absolutamente fundamental de la realidad. Instaura, entonces, el reino infinitamente sutil de la mentira o de la falsa profecía.

Detrás de estas diversas perversiones se perfilan hombres: reyes opresores (en el dominio político), sacerdotes acaparadores y pérfidos que desvían el sentido del culto, sabios que no superan la medida humana en su apreciación de las situaciones, y profetas que dicen lo que halaga a los hombres y no lo que Dios inspira. Estos personajes y las instituciones que ellos animan se encuentran fuera del Espíritu.

El paso a lo absoluto de la denuncia, en el evangelio

El evangelio aporta un carácter definitivo y absoluto a la denuncia del pecado como ruptura de la Alianza, con sus consecuencias casi inmediatas de violencia y opresión. Jesús aporta, en efecto, la última y nueva proposición de alianza hecha por la Palabra de Dios, la que transforma, y por lo tanto, anula, en cierto sentido, las proposiciones precedentes. Los contemporáneos "justos" de Jesús habían oído la Palabra y observado con gran fidelidad los preceptos anteriores de la Ley de la Alianza; pero, he aquí que Jesús, al querer cumplirla, desplaza el punto de impacto: lo hace revelando un nuevo nombre de Dios, el de "Padre", y sometiendo el conjunto de los preceptos de la Ley al doble mandamiento del amor que deviene el criterio último de su interpretación, a expensas, eventualmente, de los mandamientos menos urgentes, aun cuando formen parte de la observancia tradicional del Pueblo. Esto constituye una prueba para la fe de quienes han sido los más fieles, y paradójicamente, es a ellos a quienes acecha ahora el peligro de infidelidad. El rechazo de la palabra de Jesús deja ahora a sus oyentes a nivel de la Ley, tal como había sido dada precedentemente, y trae consigo una forma inédita de idolatría unida a

formas de opresión fraterna mucho más sutiles. Los que rechazan el mensaje de Jesús se quedan con una imagen de Dios que, ciertamente, no es falsa en lo que muestra, pero que lo deviene en la medida en que rehúsa acoger la "novedad" que la modificaría. El rechazo del evangelio es una nueva y última tentativa de auto-construcción, que se opone al apoyo sobre solo Dios que es la regla de la Alianza. Esta tentativa es tanto más sutil y difícil de discernir cuanto que se oculta tras la fachada de una obediencia total a Dios, tal como era conocido en la tradición anterior. En esta obediencia, sin embargo, se disimulaba una especie de "seguridad" de que el Dios que había hablado antes *no hablaría ya en adelante*. El rechazo del evangelio manifiesta que en esta "obediencia" se escondía en realidad también un mantenimiento sutil de esa seguridad religiosa dada por la fidelidad de la observancia. En definitiva, el hombre continuaba apoyándose más en su propia fidelidad que en la Palabra viva de Dios y en el Espíritu. Por esta especie de prohibición tácita hecha a Dios de hablar de otra manera, los sabios, los escribas, los jefes (es decir, todos los personajes responsables del pueblo), se colocan en la situación de sus antiguos predecesores que se hallaban también en ruptura de una alianza. La falta aquí no proviene de negarse a hacer *lo que* Dios ha dicho, sino de negarse a encarar la posibilidad de que Dios pueda hablar todavía, y de que sea necesario por lo tanto modificar la propia conducta en función de lo que de su Rostro es nuevamente revelado. Y las mismas actitudes acarrearán los mismos efectos: si el rechazo de la nueva Alianza provoca un nuevo tipo de idolatría, también es cierto que engendra una nueva violencia y un elemento más en la destrucción de las relaciones entre los hombres.

Esbozo de la denuncia contemporánea del pecado

Querría aquí abrir un paréntesis y destacar que el pensamiento contemporáneo, en el ámbito de la filosofía y de las ciencias humanas, coincide de manera notable con la denuncia bíblica del pecado. Sin duda los filósofos, los sociólogos, los psicólogos, los historiadores, ignoran —si no son cristianos— la dimensión propiamente teológica de la ruptura de una alianza. No discernen que en el fondo de los dramas humanos; se halla siempre cierta relación con la Palabra de Dios, de cualquier manera que esta se haga oír, y con el Espíritu, de cualquier manera que este sople. Pero constatan los resultados de lo que nosotros llamamos ruptura de alianza: mentira, violencia, voluntad de acu-

mulación, incapacidad de vivir humanamente una dimensión de intercambio y solidaridad. Querría dar aquí algunos ejemplos.

Del marxismo, por ejemplo, debemos rechazar la mitología revolucionaria, generadora de violencia, y que no desemboca en ninguna construcción positiva, sea política o económica; podemos discutir la teoría económica y en particular la pertinencia del tema de la plusvalía; pero el marxismo comporta también una denuncia de la injusticia social, y, a este respecto, el tema bien conocido de "la apropiación de los medios de producción" adquiere un valor simbólico, sea lo que fuere de su verdad efectiva, histórica o económica: apropiarse esos medios, al menos si con ello se quiere asegurar el apoderarse con exclusividad de lo que se produce, es iniciar un proceso ilimitado de acumulación, que aprovecha a un número cada vez más reducido de personas —puesto que la lógica de la acumulación tiende idealmente a la concentración de todo el haber en una sola persona. No me pronuncio aquí sobre el coeficiente de verdad o de error que puede existir en el análisis marxista, sino sobre el hecho de que su denuncia coincide con la de los profetas, y de que es sin duda esto lo que constituye su seducción. Y, si se rechaza, como es debido, el marxismo, hay que tener cuidado ciertamente, de no rechazar al mismo tiempo lo que coincide con la denuncia profética de la violencia social y de la complicidad que pueden procurarle los que, de alguna manera, se encuentran en situación de responsabilidad. Por estar exenta de todo error, la denuncia profética no es menos fuerte, tal vez lo sea más aún.

Se podría agregar que hoy se encuentra entre los sociólogos cierta crítica del marxismo que se apoya en un análisis aún más profundo de los procesos sociales, que también coincide con la Biblia: me estoy refiriendo a todos los pensamientos sobre el "intercambio" que muestran hasta qué punto la sociedad necesitaría, para poder sobrevivir, volver a encontrar los procesos del "don" recíproco y transformarlos, es decir, de la apertura para empobrecerse y para recibir; ello constituiría un poderoso recurso contra la acumulación y la violencia. Precisamente, el marxismo estaría hoy superado, no por denunciar la violencia instituida, sino porque no acertaría a redescubrir nuevas formas de intercambio para la actualidad.

Existe también una denuncia contemporánea de las formas de "sabiduría" que tanto se esfuerzan por sistematizar lo real, que no dejan lugar, en el pensamiento, para lo que abriría la posibilidad de espacios de gratuidad, el juego del dar y del recibir, de la relación y el encuentro, la significación positiva del "no-conocimiento" ("incon-

naissance”, que atestigua que lo real es mayor que nosotros). Este exceso de sistema, considerado como una especie de terrorismo de la inteligencia, recibe en el pensamiento moderno, especialmente siguiendo a Heidegger, el nombre de “ontoteología”. Este vocablo significa que, en muchos tipos de pensamiento, aun cristianos, Dios parece estar tan incluido en el sistema, que él es mucho más el garante de nuestro espíritu de acumulación y de nuestra necesidad de seguridad, que el Misterio que siempre nos supera y cuya Palabra requiere sin cesar de parte nuestra, *espera y disponibilidad para el cambio*. No puedo dar aquí mayores precisiones sobre el tema, pero querría subrayar, en ciertas corrientes del pensamiento moderno, la demanda de apertura, la necesidad de una brecha en la seguridad de nuestras sabidurías, a fin de poder recibir lo que no viene de nosotros y sin lo cual no podríamos alcanzar la verdad.

De una manera tal vez más radical, el psicoanálisis nos muestra cómo también el lenguaje puede tener la tentación de servir a la construcción de un universo cerrado, a la defensa de la situación adquirida de la que no queremos salir, a la edificación de una barricada que se opone a todo retorno de lo reprimido, a la inscripción de una etiqueta de “verdad” sobre un proceso mental que en realidad tiene todas las características de la mentira. Preso en las exigencias de una racionalidad defensiva, el lenguaje olvida entonces su aspecto de invocación, sus recursos simbólicos, su capacidad de tener en cuenta el futuro, en una palabra, todo lo que le permite abrirse a lo que no puede expresar totalmente.

Los pensamientos cuyo desarrollo acabo de recordar rápidamente no apuntan en forma directa a lo que nosotros, cristianos, llamaríamos las rupturas de la Alianza con Dios, puesto que no conocen explícitamente esta dimensión de las cosas. Ignoran que todas las barreras del psiquismo, del racionalismo, del intercambio social, encuentran en ella su razón *última*. Implícitamente, sin embargo, lo sospechan, en la medida en que descubren que la restitución de la verdad, tanto ética como especulativa, supone el respeto de un espacio, de una apertura, de una reciprocidad, de una “muerte”, a fin de que algo pueda nacer. Este intercambio ¿sería tal vez lo que nosotros llamamos la Alianza, fundada sobre la Palabra de Dios escuchada en el Espíritu?

III. La moción del Espíritu en la comunidad cristiana hoy

Si queremos ahora reflexionar sobre la vida del Espíritu en la comunidad cristiana hoy, debemos tener en cuenta una dificultad: si

es cuestión de vivir según la Alianza y respetar, por consiguiente, esa dimensión de apertura y de espera, de libertad, que el pensamiento moderno postula, coincidiendo así con el dato revelado, nos encontramos en realidad; en una situación delicada. Sabemos, en efecto, que en Jesús, Dios ha pronunciado su "última palabra", que no tenemos que esperar otra revelación y que en cierto sentido, el dato de la fe y los lineamientos de la práctica humana nos son conocidos "de una vez para siempre". Existe una permanencia de base de la identidad cristiana y esta, para nosotros los monjes, se halla reforzada por el hecho de que llevamos una forma de vida verdaderamente experimentada por siglos de práctica. De modo que parecería que la perfección monástica se hallaría sólo siguiendo el *camino ya trazado*, abierto por nuestros Padres. Si hay una interpelación del Espíritu, una evolución propuesta o algo de este tipo, parecería que sólo podría darse en el camino fundamentalmente inmutable de alguien o de una comunidad, en un paso de la conversión primera a la "perfección", pero no en una transformación cualquiera de las instituciones o en una revisión de las doctrinas que estas presuponen. ¿Cómo considerar tal objeción?

Precisamente, aquí interviene el *Espíritu Santo*. Si bien es verdad que la revelación de Dios ha sido perfecta en Jesucristo, el Espíritu Santo es dado a la Iglesia "para enseñarle todo y recordarle todo lo que Jesús ha dicho" (*Jn 14, 26*), "para dar testimonio de Jesucristo" (*Jn 15, 26*), "para conducirla hacia la verdad plena... y anunciarle lo que ha de venir" (*Jn 16, 23*). Si bien la manifestación de Dios es perfecta en Jesucristo, el Espíritu Santo es necesario a la Iglesia para que, a lo largo de los tiempos, entre en todas las dimensiones de dicha manifestación y *se ajuste* en todo momento a lo que se le concede comprender. La inteligencia *espiritual* del Dios de Jesucristo está ligada a esta vigilancia en la adaptación. La cosa es tanto más delicada por cuanto ésta nunca termina y nosotros no conocemos todavía "la apariencia del mundo futuro" mientras que, por otra parte, lo que nosotros hemos podido vivir cristianamente y monásticamente, en períodos anteriores, estaba también marcado por el Espíritu. La dificultad de la tarea, sin embargo, no disminuye su urgencia. Es necesario, pues, poner manos a la obra una y otra vez, como se ha hecho siempre donde y cuando el monacato estaba vivo. Si faltara este esfuerzo constantemente emprendido correríamos el riesgo de caer en las formas sutiles de idolatría que Nuestro Señor reprochaba a sus oyentes con esa frase terrible de que "no conocían a Dios". Esta frase evangélica despierta en mí el eco de lo que decía un gran monje de

la primera mitad de este siglo, D. Godofredo Bélorgey cuando, empleando una frase muy significativa de la Francia republicana de entonces, nos hablaba de los "sin-Dios del claustro". Con ella quería designar a monjes, observantes por cierto, pero que parecían haber desertado de toda interioridad y de toda atención al Espíritu en la humilde insistencia de la oración.

De la verdad de los carismas

Para indicar vías de solución al problema así planteado acerca de la permanencia y de la adaptación, querría proponer algunas breves reflexiones sobre lo que se podría llamar la verdad de nuestro carisma monástico. Se podría pensar que para saber dónde se encuentra el carisma de san Benito, es necesario ante todo, releer su Regla y los Diálogos de san Gregorio. No es falso; pero es incompleto, como lo sería también decir que para conocer nuestra identidad cristiana ante todo hay que leer la Biblia. La Biblia se lee en la Iglesia, y es allí donde ella da su mensaje, aunque la Iglesia sea concretamente bastante diferente hoy de lo que pudo haber sido la comunidad de los primeros discípulos. Lo mismo ocurre con nosotros: es en las comunidades monásticas de hoy, que se reconocen como herederas de Benito, donde podemos hallar su carisma en "estado vivo". En efecto, son ellas concretamente quienes están animadas por el don hecho antaño a Benito y que les es renovado; por ellas y en ellas, el Espíritu prosigue la tarea que emprendió con Benito (a su vez sucesor de muchos otros). El Espíritu, que ilumina la letra, se halla en la comunidad; por eso, una especie de apoyo en ese Espíritu, de discernimiento de su moción presente, de abandono en él, nos permite una inteligencia de nuestra tradición, un juicio lúcido sobre lo que somos, sobre lo que deberíamos cofigir, lo que deberíamos hacer o, por el contrario, evitar. Pues es este Espíritu presente en nosotros, quien nos hace *gustar* los escritos de los Ancianos, nos hace discernir los valores que transmiten, nos hace comprender cómo vivirlos. Los monumentos de la tradición monástica (también los de la arquitectura monástica o de cualquier otro valor monástico) son para nosotros como un *alimento*. De su asimilación con la inteligencia y el corazón, en el contexto concreto de nuestra Iglesia y de nuestro mundo, brotará para nosotros, sin que podamos decir cómo, el discernimiento de las formas actuales que nos permitan continuar nuestro camino monástico de conversión, de vida pasqual, de caridad y de amor a los pobres. Me parece, pues, que en la apreciación concreta de lo que vivimos, debemos mantener siempre

un espacio libre para el Espíritu, que se traduce por una capacidad constante de examen y de verificación.

Lo mismo se podría decir afirmando que, en el recorrido de nuestro camino monástico, tanto el futuro como el pasado son un criterio de discernimiento. Si estamos en un camino, éste va a alguna parte, y no lo hemos emprendido tan solo para repetir en él algunas figuras de danza. Es el privilegio de la escatología cristiana estar de alguna manera presente en el tiempo, de manera que lo que no sabemos deviene la regla última de lo que debemos ser. También aquí hay un misterio, pero ¿adónde iríamos realmente, si todo fuera claro y bien trazado? A alguna parte, sin duda, pero nos podemos preguntar ¿hacia Dios?

Pienso que esta observación sobre el presente y el porvenir del don del Espíritu, en su referencia esencial a los orígenes nos permite evaluar positivamente todo lo que hemos hecho desde el Concilio, por grandes que puedan ser las proporciones de tal "reforma", y no retroceder ante lo que quizá queda por hacer. La tentación de ayer de no cambiar nada y la de hoy de decidir que podemos detenernos, ¿no es acaso en último análisis una forma nueva de la eterna tentación de la idolatría? ¿Creeríamos acaso que es posible saber de una vez por todas quién es nuestro Dios y cuáles son las formas de culto espiritual que le agradan? Les ruego que me entiendan bien: no abogo ciertamente porque, por principio, haya un cambio permanente en todo y porque uno jamás esté satisfecho con un *statu quo*, sino porque mantengamos lo que mantenemos, no so pretexto de que siempre se ha hecho así (lo que por otra parte es inverificable y probablemente ilusorio), sino porque hoy, a nuestro parecer, esto forma parte de la *verdad* teologal de nuestra vida. Y para que consideremos lo que parece que hay que modificar, no por una inestabilidad enfermiza, sino porque en las circunstancias concretas de la vida de la Iglesia y del mundo, discernimos un llamado a obrar así. De otro modo, ¿no sucumbiríamos a la tentación de hacer opciones que se fundan no en la inspiración del Espíritu, sino en preferencias humanas escondidas que nos renvían al período entre las dos guerras, al siglo XIX, al Concilio de Trento, a Cluny o a los Padres del desierto? Opciones, por otra parte, totalmente idealistas, pues, sean cuales fueren las teorías, la vida del mundo ha cambiado. Para tomar un solo ejemplo: la economía de los monasterios es hoy muy diferente de lo que era. Pues bien, si la economía cambia, y por lo tanto el cuerpo, ¿cómo se pretendería conservar el resto igual? También la pobreza ha cambiado, ¿cómo permanecería igual nuestra solicitud por los pobres? Pero,

permítanme decir que, más allá del idealismo, en realidad y cualesquiera fueran las apariencias, se trataría de una idolatría. Creeríamos servir a Dios, pero estaríamos sirviendo a nuestros sutiles ídolos, con consecuencias también sutiles pero no menos reales acerca de la verdad de nuestras relaciones dentro y fuera del monasterio. Y finalmente, caeríamos en el pecado del mundo, tan bien denunciado por los autores que he mencionado en la segunda parte de esta exposición.

Conclusión

Permítanme concluir formulando de nuevo la pregunta que no ha cesado de acosarme mientras preparaba esta conferencia. La pregunta es esta: *¿quién es nuestro Dios?* No creo que podamos responder a esta pregunta de una vez por todas. La respuesta no se sitúa solamente al cabo de un trabajo correcto de nuestra inteligencia. En realidad la damos día tras día: por nuestro modo de ser, nuestros usos, nuestros compromisos, nuestros intereses, nuestras aperturas y nuestras clausuras, las sabidurías que privilegiamos y las que excluimos. Sin cesar nos acecha el peligro de la idolatría, es decir, la proyección, explícita o no, del santo Nombre de Dios sobre lo que no es él o lo que es sólo parcialmente. Indudablemente que no es cuestión de vivir inquietos por esta idolatría amenazadora, y más vale permanecer en la acción de gracias por el conocimiento auténtico que nos es dado. Pero esta acción de gracias supone que permanezcamos constantemente unidos a Aquel que nos comunica este conocimiento y nos saca de la idolatría: el Espíritu de Jesús muerto y resucitado, que nos permite invocar a Dios como Padre nuestro. Pero este vínculo con el Espíritu nunca se concreta de manera absolutamente definitiva como si ya nada más pudiera ser manifestado, comprendido, emprendido. Por el contrario, sin cesar nos es propuesto de manera nueva y jamás podemos asirlo con la mano. "El Espíritu Santo en la vida monástica" es quizá esa flexibilidad, esa desapropiación, esa libertad interior no solo del monje sino de la comunidad, gracias a las cuales nos es posible una auténtica invocación de Dios en Jesucristo. También a nosotros, monjes, nos es otorgado constantemente el Espíritu Santo, para que demos la espalda a los ídolos, sobre todo a los más sutiles, y nos convirtamos al Dios vivo.

*Collegio Sant'Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
I-00153 Roma - Italia*

Ghislain LAFONT, osb
monje de La-Pierre-qui-Vire,
Francia